

## VIII.

Doce años de cautiverio.—La muerte y el amor.—Un milagro de fidelidad.—Un complot en la Bastilla.—Libertad.

La primera víctima del duque de Richelieu fué Bassompierre, que habia sido unos cuantos dias gobernador de la Bastilla, y á quien despues se habia nombrado mariscal de Francia y coronel general de los suizos. Hallándose en Leon durante la grave enfermedad que atacó á Luis XIII allí, Richelieu que temia la sedicion y la veia en todas partes, quiso que pusiera á sus órdenes los suizos que mandaba Bassompierre, el cual indignado de tal propuesta, preguntó si se le tenia por traidor, agregando que en tal caso se le debia decir con claridad y calearlo con sus acusadores, y que callaria y sufriria resignado, si no los obligaba á declararse impostores, desleales y viles.

El cardenal no respondió: como todo hombre fuerte, tenia paciencia y sabia esperar la ocasion: hasta pareció haber olvidado la fanfarronada del mariscal; pero luego que consolidó su poder la recordó, y Bassompierre, preso de orden suya, fué llevado á la Bastilla.

Citarémos aquí las memorias del mariscal, que no son por cierto las ménos curiosas de su época, y que pueden dar una una justa idea del horroroso despotismo de aquel sacerdote, que ante nada retrocedia por lograr el fin que se habia propuesto, y que la historia nos presenta con toda su fria crueldad, sin dejar de ser grande. Tan prodigiosa así es la prepotencia de esos hombres de temple elevado, que nacen muy de tarde en tarde para la dicha ó infelicidad de los pueblos!

“El domingo 23 de Febrero de 1651,” dice Bassompierre, “comí en casa del señor mariscal de Crequi, y me fui de allí á la plaza real, á casa de Mr. de Saint-Géran. En el camino tropecé con el carro que llevaba á la Bastilla la cama del abate de Foix, á quien habian metido en la fortaleza en la mañana; yo lo supe por aquel encuentro. En la noche estaba esperando la hora de irme á la comedia, á casa del propio Saint-Géran, que la daba, y luego baile, cuando me mandó suplicar Mr. de Epernon que pasara á casa de Mad. de Choisi

“en la que me esperaba, y donde efectivamente lo encontré. Díjome que la reina madre habia sido arrestada en la mañana en Compiègne, de donde habia salido el rey para dormir en Senlis: que la señora princesa de Conti habia recibido una carta de S. M., llevada por Mr. de la Ville-aux-Clercs en la que le mandaba irse á Eu; que Vaultier, el primer médico de María de Médicis seguia á Luis XIII en calidad de preso; y por último, que sabia de buena tinta que se habia tratado de aprehender tambien á él, al mariscal de Crequi y á mí, quedando todavia por resolver lo que se haria con ellos; pero acordándose que á mí me cayeran el mártes, al llegar el rey á Paris, lo que habia querido avisarme para mi gobierno. Le pedí consejo, y le pregunté lo que pensaba hacer por su parte, á lo que me contestó que si no tuviera mas que cincuenta años, ni una hora pasaria en la capital, poniéndose en salvo hasta hacer las paces; pero que como peinaba ya los ochenta, sin embargo de que se sentia aún con bastante fortaleza para entrar en arreglos, le faltaba ya para ponerse en camino, y que una vez que habia cometido la torpeza de picarla de cortesano á su edad, bien empleados le estaban sus padecimientos: que no perdonaria arbitrio para quedar algo bien parado, á fin de irse luego á acabar sus dias en su gobierno; pero que yo, siendo jóven y hallándome en disposicion de servir y esperar mejor fortuna, debia alejarme y conservar mi libertad: que me ofrecia prestarme cincuenta mil escudos para pasar dos años malos, y que se los pagaria en mejor época.

“Comencé por darle las mas espresivas gracias por su favor, y le manifesté que mi delicadeza no me permitia aceptar su último consejo, ni mi conciencia ponerme en huida, estando inocente de todo crimen, y no habiendo hecho cosa que no mereciese mas bien alabanza y recompensa que castigo; que siempre habia preferido la gloria al lucro, y el honor no solo á la libertad sino hasta á la vida, por lo cual nunca daria un paso que pudiera hacer sospechar de mi probidad: que llevaba treinta años de servir á la Francia, á la que era adicto, para hacer mi fortuna: que no queria, al ir á cumplir cincuenta años, buscarla en otra parte; y que habiendo consagrado al rey mis servicios y mi existencia, bien podia sacrificar mi libertad, que no tardaria en devolverme, cuando recordase mis servicios y mi fidelidad: que lo peor que me podia suceder, seria envejecer y morir en la cárcel, lo que valia mas, siendo mi inocencia conocida de todos, así como la ingratitud de mi soberano, que emprender una inconsiderada fuga, que daria lugar á tenerme por culpable y poco agradecido á los empleos y honores que el rey se habia dignado conferirme: que no podia persuadirme de que se tratara de reducirme á prision, cuando nada habia hecho, ni ménos de que no se me pusiera libre al reconocerse mi inculpabilidad; y que aun cuando me equivocara en todo, sufriria con suma constancia y resolucion, por todo lo cual, en vez de alejarme, me resolvía á presentarme á S. M. al dia siguiente por la mañana, en Senlis, ó para justificarme si era acusado, ó para ir á la prision si infundia sospechas, ó bien hasta para morir, si se probaban los cargos que se me hicieran; y aun en caso de que con nada se pudiera denigrar

“mi vida y mi conducta, para morir tambien con generosidad y constancia, si mi mala suerte ó la furia de mis enemigos me impelian á tal estremo.

“El siguiente día lúnes, 24 de Febrero, me levanté ántes de amanecer, y queme mas de seis mil cartas amorosas que habia recibido en otro tiempo de diversas damas, por temor de que, en caso de que me redujeran á prision, se ca-tease mi casa, y se encontraran esos papeles, los únicos que podian ser perjudiciales. Avisé al señor conde de Grammont que me iba á encontrar al rey á Senlis, y que si queria acompaña-me, lo llevaria con mucho gusto. El conde aceptó: yo pasé por él á su casa en mi carroza, y nos fuimos al Louvre, en donde encontramos al señor cardenal de la Vallette y á Mr. de Bouillon, que subian tambien al coche, despues de haberse calentado, para dirigirse á Senlis. El cardenal se empeñó en que pasáramos á su carruage para ir juntos, quiso que ántes me calentara yo, y me dijo miéntras subiamos á su habitacion:

—“Sé con seguridad que van á prenderos: mi opinion es que os pongais en salvo; y si os conviene, os daré en el acto dos correos, que os llevarán volando á distancia de diez leguas.

“Dile gracias con la mayor humildad, y le contesté que, no acusándome de nada mi conciencia, nada temia tampoco, y que tendria el honor de acompañarlo á Senlis. Llegamos en efecto allí, y encontramos á S. M. en su cuarto con la reina su esposa y la princesa de Guémenée; el rey salió á nuestro encuentro, y nos dijo:

—“Reunion escogida! . . .”

“Habló en seguida con el conde y el cardenal, y luego se puso á platicar conmigo detenidamente, diciéndome que habia hecho cuanto habia estado en su mano para inclinar á la reina madre á una reconciliacion con el duque de Richelieu; pero que nada habia logrado. Nada me dijo de la princesa de Conti. Yo le manifesté que habia recibido aviso de que queria mandarme prender, y que habia ido á su encuentro para ahorrarle el trabajo de buscarme, y que á saber el lugar de la prision, iria por mi pié, sin necesidad de que me llevaran. S. M. me contestó en estos precisos términos:

—“Cómo has podido creer tal cosa, Bassompierre? Bien sabes que te amo.

“Y en verdad que en aquel momento estoy persuadido de que decia lo que pensaba. En esto vinieron á avisarle que el cardenal estaba en su cámara y entónces se despidió de nosotros, y me encargó que hiciera marchar al siguiente día muy de madrugada, á la compañía que estaba de guardia, á fin de que pudiera hacerla en Paris. Me dió tambien el santo, y nos dejó con la reina, con quien nos estuvimos algun tiempo, y luego nos fuimos á cenar á casa de Mr. de Longueville, volviendo en seguida á ver á la reina, á cuya cámara habia ido el rey despues de cenar. Sospeché que se tramaba algo contra mí porque el rey tenia constantemente la cabeza inclinada, tocaba la guitarra sin mirarme, y en toda la noche no me habló una sola palabra. Yo se lo advertí al conde de Grammont, al irnos á dormir juntos al aposento que nos habian preparado.

“El siguiente día martes 25 de Febrero, me levanté á las seis de la mañana, y estaba en bata calentándome al fuego, cuando entró de Launay, teniente de las guardias de corps, y me dijo:

—“Señor, con las lágrimas en los ojos y el corazon desgarrado, me veo en la obligacion, yo que cuento veinte años de ser soldado vuestro y servir á vuestras órdenes, de anunciaros que el rey me ha mandado prenderos.

“Ninguna impresion me hicieron estas palabras, y contesté:

—“Fácil os será obedecer, puesto que á eso he venido á sabiendas. Toda mi vida he acatado los preceptos del rey, que puede disponer de mí y de mi libertad como le plazca.

“Pregunté á de Launay si queria que mis criados se retirasen, á lo que me respondió que no: que su orden estaba reducida á aprehenderme y á comunicarlo al rey, y que podia hablar á mis criados, escribir y hacer cuanto quisiera, pues todo me era permitido. Entónces se levantó Grammont y se me acercó llorando: yo me eché á reir, y le dije que si se dolia de mis cuitas tanto como yo, su afliccion se reduciria á nada; y es la verdad que estaba muy sereno, fiado en que no seria larga mi prision. De Launay se opuso resueltamente á que los guardias que lo acompañaban entrasen en mi cuarto. A poco llegaron una carroza del rey, sus mosqueteros á caballo y treinta de sus caballos-ligeros; de Launay y yo solos subimos al carruage, y al salir encontré á la señora princesa, que dió muestras de compadecerse de mi desgracia. Seguidamente nos pusimos en camino á doscientos pasos delante del rey, hasta la puerta de San Martín, que dejamos á la izquierda, y pasando por la Plaza Real, me metieron en la Bastilla, donde comí con el gobernador du Tremblay, quien me condujo luego al cuarto en que habia estado el señor príncipe, en el que me encerró con un solo criado.

“El miércoles 26 de Febrero pasó á verme du Tremblay para decirme de parte del rey, que no me habia mandado prender porque hubiese cometido alguna falta, pues que me seguia teniendo por un buen servidor, sino por miedo de que me escitaran á obrar mal, y que poco tiempo duraria preso. Tal oferta me consoló extraordinariamente. Díjome ademas du Tremblay que el rey le habia mandado darme plena libertad, escepto la de salir: que podia mandar por cuantos criados quisiera, y pasearme por toda la Bastilla. Aumentó mi habitacion con otra pieza contigua á la mia, para mi servidumbre, que limité á dos lacayos y un cocinero, y estuve mas de dos meses sin salir de mi aposento, del que no me hubiera movido, si no se me hubiese elevado el vientre en términos de que creí morirme á los dos dias de preso. Me informé de si tendria á bien el rey que lo viese de Bassompierre, mi sobrino. Se me contestó que no solo no ponía inconveniente en ello, sino que lo deseaba, y que apreciaba á mi sobrino tanto por sí mismo, como por ser mi pariente.

“A principios del año de 1633, tuve grandes esperanzas de salir en libertad. Mr. de Schomberg me habia mandado avisar que en cuanto el rey volviera,

“me sacarian de la Bastilla, segun lo habia manifestado el señor cardenal á diversas personas, y el rey por su parte á otras, de lo cual se alegraban todos mis amigos. La ida de *Monsieur* sirvió de pretexto para prolongar mi prision, y de mas á mas me quitaron la parte de mi sueldo que me habian estado pagando los dos años anteriores, á pesar de estar preso, y la cual ascendia á la tercera parte de lo que percibia anteriormente. Esto me dió á entender que me querian enterrar en la Bastilla, y desde entónces ya no esperé mas que en Dios.

“Du Tremblay, el gobernador, me habló de la venta de mi empleo, y me manifestó que si me prestaba á verificarla, aseguraria así mi libertad. Contestele que siempre habia ofrecido dejarlo, y renunciarlo en uno de los parientes del señor cardenal, por el precio que á bien tuviera, aunque para otro seria lo mas caro posible. Dijome que no podia comunicarme para quien se queria; pero todas las apariencias eran de que un destino semejante no podia ménos de caer en buenas manos, y me dió á entender que el agraciado seria alguno de sus deudos. Me conformé entónces con las cuatrocientas mil libras ofrecidas, con tal de que se me pagaran á la vez los sueldos del propio empleo que se me debian desde que estaba preso. El gobernador me prometió agenciarlo, y que al dia siguiente por la mañana iria á dar parte de mi resolucion al padre José, su hermano, que habia venido de Ruel espresamente para este negocio.

“Boutiller, que me vió á las diez de la noche, me aseguró que el rey y el señor cardenal estaban en buena disposicion, y que seria puesto en libertad, aunque sin fijarme tiempo. Me anunció que el rey nombraba al marqués de Coalign para mi empleo de coronel general de los Suizos y que el favorecido me daba cuatrocientas mil libras al contado; y que en lo concerniente á mis pagas y sueldos atrasados, no habian querido hablar sobre el particular mis amigos, su padre y el padre José, para que lo hiciera yo á mi salida. No hubo mas remedio que pasar por todo.

“Llegó el Domingo de Ramos sin tener noticia de mi salida y las que vinieron de la toma de Tréveris y prision del Elector, sirvieron de pretexto á los que me anunciaban la libertad, para decirme que ese asunto daba tanto que hacer al cardenal, que no podia pensar en el mio. Así pasé Pascuas y hasta Quasimodo.

“Supe sin embargo el lunes 16, que habiendo venido á la corte el señor príncipe, el cardenal le habia prometido ponerme en libertad, sin nota en mi honor y contando con el favor del rey. Dos dias despues pasó á Compiègne el señor cardenal, donde estaba S. M., siguiéndolo á poco el canciller de Suecia Oxenskiern: fué igualmente un embajador de Holanda; y todo sirvió para retardar mi libertad tantas veces prometida, de suerte que los que envié á solicitarla se volvieron como habian ido.

“El lunes 30, último de Abril, escribió el padre José á su hermano du Tremblay, que podia asegurarme que saldria en plena libertad á la vuelta á Paris

“de Boutiller, que debia llevarme la orden respectiva. Boutiller llegó el 5 de Mayo á la capital y habiendo ido á verlo mi sobrina Beuvron, le dijo que habia tenido en sus manos la orden de mi libertad; pero que la noticia recibida por el rey de que *Monsieur* su hermano habia salido de Blois con otros cinco, para irse á Bretaña, acaso con el objeto de embarcarse para Inglaterra, habia sido causa de que se recogiera la orden.”

¿Es posible jugar mas cruelmente con la libertad y la vida de los hombres? ¿Hay algo mas espantoso, mas atroz, que esa esperanza, sin cesar reanimada, y engañada sin cesar? El desgraciado mariscal estaba sin embargo todavia muy lejos del término de sus males, como vamos á verlo, volviendo á extractar de sus Memorias los pasages en que cuenta con un candor y una sencillez tan agradables, los sufrimientos de su cautiverio.

“El lunes 28 fué Boutillier á ver al señor cardenal á Condé, donde estaba viendo, y al irse dijo á mi mayordomo Dubois, que sin duda á su vuelta le entregaria la consabida orden y que estuviera listo para ponerse en camino al siguiente dia. Dubois estuvo en su casa en la noche para recoger el documento; pero le manifestó que no habia podido hablar de mi negocio al señor cardenal, que habia tratado con él y con el mismo *Mazarin* de asuntos importantes: que el primero habia salido á dejar al segundo, con quien habia venido; pero que el miércoles debia abocarse el mismo señor cardenal con el rey en Chateau-Thierry, y que quedaria yo despachado.

“El señor cardenal no vino á la córte el dia ofrecido, sino hasta el viérnes 1.º de Junio; y cuando se fué, pasó Dubois á ver á Boutiller, quien le dijo que habia habido tanto que hacer, que les habia faltado tiempo para tratar de mi libertad.

“El sábado me mandó decir el señor conde que sabia de buena letra que mi libertad estaba resuelta, y que dentro de veintiocho horas saldria sin falta; mas el lunes 4 ví á Dubois, quien me afirmó que todo era puro engaño.

“El sábado, dia último de Junio, llegó á Paris el señor príncipe, que venia de desempeñar su empleo de lugar-teniente general del rey en su ejército de Lorena, y al partir, habia dejado orden de demoler mi castillo de Bassompierre, lo cual se ejecutó posteriormente. La casa fué arrasada un viérnes, dia 6.

“El juéves 19 me comunicó du Tremblay de parte de Boutiller, que aquel dia habia quedado definitivamente resuelta mi libertad, y que me lo aseguraba. Mi sobrino Beuvron estuvo á ver el sábado 21 á Boutiller padre, que se lo confirmó con las mayores seguridades, rogándole que me las diese á su nombre, y ademas me lo mandó repetir por boca de du Tremblay, quien tambien me enseñó una carta que le escribió el mártes 24 el padre José, su hermano, en la que le aseguraba que Boutiller hijo debia entregarme dentro de dos dias la orden de mi libertad. Vióme en efecto el siguiente miércoles; pero sin llevarme la tal orden, y ántes bien, me dió una noticia que no me agradó: la de que el rey salia aquel dia para dormir en Chantilly, y pasar de allí á Lore-

“na. Sospechábame que no saldría en su ausencia del lugar en que contaba cuatro años y medio de reclusión.”

No obstante tantos engaños, Bassompierre no perdía la esperanza, hasta que ocurrió un acontecimiento que por poco se la quita enteramente, y que cuenta en estos términos:

“Se puso preso á un soldado de la caballería ligera, por haber recitado un soneto que comenzaba con estas palabras: *Poner en prision á Bassompierre*, y en el que se maldecía del señor cardenal. Estrechamente vigilado el militar, y estudiadamente interrogado, mas se escitó la curiosidad de saber la causa de su detención; y á uno de los otros presos que encontró modo de hablarle un instante, le manifestó que por unos versos que se referían á mí. Esto me alarmó, y aumentó mi susto el gobernador de la Bastilla, que me dijo inconsideradamente ó tal vez intencionalmente, que el soldado había sido reducido á prision por cosas que me concernían. Después tuve de la ciudad noticia fidedigna de que estuviera con cuidado, porque se maquinaba algo de importancia contra mí: que se esforzarian en averiguar de qué se trataba, aunque por lo pronto no podían mas que aconsejarme que quemara todos los papeles que pudieran dañarme, pues era seguro que se iba á proceder á un registro. Confieso que este último aviso, al que habían precedido tantas y tan desagradables circunstancias, estuvo á punto de trastornarme el juicio. Lo recibí el 9 de Octubre, y pasé la noche sin cerrar los ojos, y casi en una agonía continua, peor que la misma muerte. Por último, el soldado preso, que se llamaba Valbois, después de siete ú ocho interrogatorios, comprobó que el soneto había sido compuesto siete años ántes, y así terminó ese negocio, y comencé yo á volver en mí, después de un susto no flojo.

“Tuve además varios disgustos en la Bastilla, causados unos por un bribón médico, y procedentes otros de una cábala que se formó contra mí, á instigación del mismo, entre cuatro ó cinco presos de su temple, que si bien eran impotentes para dañarme, bien podían enojarme con sus faltas; y yo, que tenía mil razones para no hacer en la prisión, y ménos en aquel tiempo, en que llovían sobre mí contrariedades, cosa que diera que hablar de mi persona, no quise comprometerme ni vengarme, y por contenerme tuve bastante que sufrir. Succedió que la gobernadora de la Bastilla, á quien siempre había reputado por una de mis mejores amigas, y cuya benevolencia había procurado captarme por cuantos medios había imaginado que podían agradarle, tomó participio inconsideradamente en aquella intriga fraguada contra mí, sin haberle dado yo motivo ni pretexto, y uniéndose á los que mas injuriosamente la habían tratado. Después ha seguido haciendo bajo de cuerda cuanto ha considerado que me molestaria, hasta donde ha podido . . .

«La muerte se ensañó en la poca familia que me quedaba en Paris, de la que fallecieron en el mes de Diciembre, tres en diez días. Tuve varios disgustos en la Bastilla, causados por unos zaragates. Por no dar que decir, ni compro-

meterme, rogué al gobernador que mandara encerrar por unos cuantos días á uno de ellos, llamado Férauld; y á pesar de ser aquella la única súplica que le había hecho en lo personal, no solo no la obsequió, ni dijo al tal perdulario que se abstuviera de presentarse delante de mí, sino que por consejos de su muger me mandó echar con su teniente una arenga impertinentísima sobre el particular.”

Se vé que nada se perdonaba para hacer el cautiverio lo mas duro posible al mariscal, á pesar de la completa seguridad que se tenía de su inocencia. Richelieu obraba con la crueldad del tigre que juega con su presa, y le ayudaba perfectamente el gobernador du Tremblay, hermano del padre José, malvado que le era adicto.

Bassompierre, que no debía recobrar su libertad hasta después de la muerte del cardenal, tuvo numerosos compañeros de cautividad, durante los doce años que pasó en la Bastilla. Uno de los mas notables fué el comendador de Jars, casi sin igual en generosidad de corazón y en fuerza de alma.

Entre las mas lindas damas de aquella época sobresalía la duquesa de Chevreuse: el cardenal, que no estaba esento de las flaquezas humanas, la amaba con pasión; pero tenía por rival á de Jars que, jóven, bien parecido, de talento, había ganado el corazón de la galante duquesa, concitándose á la vez el odio de su competidor, odio cuyos efectos no debía tardar en sentir.

Como la de Chevreuse era adicta á Ana de Austria, que maquinaba sin cesar contra el poder de Richelieu, Jars no podía ménos de andar en las intrigas de la reina. El cardenal cayó enfermo, y todos los odios, todas las ambiciones se agitaron mas declaradamente que nunca, formándose un complot formidable, de que eran alma la reina y la duquesa, y del que fué Jars gefe aparente. Pero faltaba prudencia á los conjurados, y el cardenal no obstante sus dolorosos padecimientos, los vigilaba y luchaba con ellos sin mucha desventaja, mientras recobraba bastantes fuerzas para aniquilarlos. Llegó ese momento; y cuando los conspiradores lo creían con un pié en el sepulcro, el supuesto moribundo lanzaba sus rayos contra sus enemigos. El guarda sellos Chateaufort, que había tomado cartas en la conjuración, fué aprehendido con otros varios: la duquesa de Chevreuse logró salvarse, y se refugió en España, á donde se disponía á seguirla el comendador de Jars, cuando Richelieu lo mandó cojer y meter en la Bastilla.

Jamas hubo cautiverio mas horrible que el de ese desgraciado. Sabiendo el cardenal que era depositario de los secretos de la reina, había resuelto arrancárselos á fuerza de sufrimientos, y á pedir de boca lo sirvió con tal objeto el padre José, fraile execrable que había constituido en ministro de sus venganzas. Luego que el comendador cayó en manos de Richelieu, corrió José á la Bastilla á escoger por sí mismo el lugar destinado al preso, visitó todos los calabozos, y dió la preferencia al mas horrible, á uno en forma de bodega, cuya bóveda era tan baja que no se podía estar allí parado; y como no tenía mas que